

1¹El año tercero del reinado de Joaquín, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, llegó a Jerusalén y la asedió. ²El Señor entregó en su poder a Joaquín, rey de Judá, y todo el ajuar que quedaba en el templo. Nabucodonosor se los llevó a Senaar, al templo de su dios, y el ajuar del templo lo metió en el depósito del templo de su dios. ³El rey ordenó a Aspenaz, jefe de sus eunucos, seleccionar algunos hijos de Israel de sangre real y de la nobleza, ⁴jóvenes, perfectamente sanos, de buen tipo, bien formados en la sabiduría, cultos e inteligentes, y aptos para servir en el palacio real; y ordenó que les enseñasen la lengua y literatura caldeas. ⁵Cada día el rey les pasaba una ración de comida y de vino de la mesa real. Su educación duraría tres años, al cabo de los cuales entrarían al servicio del rey. ⁶Entre ellos había unos judíos: Daniel, Ananías, Misael y Azarías. ⁷El capitán de los eunucos les cambió los nombres, llamando a Daniel, Baltasar; a Ananías, Sidrac; a Misael, Misac, y a Azarías, Abdénago. ⁸Daniel hizo el propósito de no contaminarse con los manjares, ni con el vino de la mesa real, y pidió al capitán de los eunucos que le dispensase de aquella contaminación. ⁹Dios concedió a Daniel encontrar gracia y misericordia en el capitán de los eunucos, ¹⁰y este dijo a Daniel: —Tengo miedo al rey mi señor, que os ha asignado la ración de comida y bebida; pues si os ve más flacos que vuestros compañeros, ponéis en peligro mi cabeza delante del rey. ¹¹Daniel dijo al encargado que el capitán de los eunucos había puesto para cuidarlos a él, a Ananías, a Misael y a Azarías: ¹²—Por favor, prueba diez días con tus siervos: que nos den legumbres para comer y agua para beber. ¹³Después, que comparen en tu presencia nuestro aspecto y el de los jóvenes que comen de la mesa real, y trátanos según el resultado. ¹⁴Él les aceptó la propuesta e hizo la prueba durante diez días. ¹⁵Después de los diez días tenían mejor aspecto y estaban más robustos que cualquiera de los jóvenes que comían de la mesa real. ¹⁶Así que el encargado les retiró la ración de comida y de vino, y les dio legumbres. ¹⁷Dios les concedió a los cuatro inteligencia, comprensión de cualquier escritura, y sabiduría. Daniel sabía, además, interpretar

visiones y sueños. ¹⁸Al cumplirse el plazo señalado para presentarlos al rey, el capitán de los eunucos los llevó a Nabucodonosor. ¹⁹Después de hablar con ellos, el rey no encontró ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías, y quedaron a su servicio. ²⁰Y en todas las cuestiones y problemas que el rey les proponía, los encontró diez veces superiores al resto de los magos y adivinos de todo su reino. ²¹Daniel estuvo en palacio hasta el año primero del reinado de Ciro.

2¹El año segundo de su reinado, Nabucodonosor tuvo un sueño; su espíritu se sobresaltó y no podía dormir. ²El rey mandó llamar a los magos, astrólogos, agoreros y adivinos para que le explicaran su sueño. Vinieron y se presentaron ante el rey. ³Este les dijo: —He tenido un sueño y mi espíritu está sobresaltado hasta que logre entenderlo. ⁴Los adivinos dijeron al rey en arameo: —¡Viva el rey eternamente! Cuenta el sueño a tus siervos y te expondremos su interpretación. ⁵Respondió el rey y dijo a los adivinos:—El veredicto que he pronunciado es firme. Si no me decís el sueño y su interpretación, os cortarán los miembros del cuerpo y vuestras casas serán reducidas a escombros. ⁶Pero si exponéis el sueño y su interpretación, recibiréis de mí dones, regalos y gran honor. Por tanto, decidme el sueño y su interpretación. ⁷De nuevo dijeron: —Cuenta el rey el sueño a sus siervos y expondremos su interpretación. ⁸Contestó el rey:—Verdaderamente me doy cuenta de que queréis ganar tiempo, pues habéis visto que el veredicto que he pronunciado es firme. ⁹Ahora bien, si no me decís el sueño es porque habéis tomado vuestra decisión: os habéis puesto de acuerdo para decirme algo falso y engañoso mientras va pasando el tiempo. Por tanto, decidme el sueño y sabré que me exponéis su interpretación. ¹⁰Los adivinos replicaron al rey: —No hay hombre en la tierra que pueda resolver lo que pide el rey; por ello ningún monarca, aun siendo grande y poderoso, hizo una petición semejante a ningún mago, astrólogo o adivino. ¹¹La petición que hace el rey es tan difícil que no hay nadie que pueda responderla al rey, a no ser los dioses cuya morada no está con

los mortales. ¹²Ante esto, el rey se encolerizó y se enfureció muchísimo, y mandó exterminar a todos los sabios de Babilonia. ¹³Se publicó el decreto de que fueran ejecutados los sabios, y buscaron a Daniel y a sus compañeros para matarlos. ¹⁴Entonces Daniel se dirigió con sabiduría y prudencia a Arioc, jefe de la guardia real, que había salido a matar a los sabios de Babilonia, ¹⁵y preguntó a Arioc, a quien el rey había puesto al mando: —¿Por qué un decreto tan severo de parte del rey? Inmediatamente Arioc informó del asunto a Daniel. ¹⁶Daniel fue y pidió al rey que le diera algún tiempo y él le expondría la interpretación del sueño. ¹⁷Después Daniel marchó a su casa y expuso el asunto a sus compañeros Ananías, Misael y Azarías, ¹⁸a fin de que implorasen misericordia al Dios del cielo sobre aquel secreto, para que no pudiesen Daniel y sus compañeros con los demás sabios de Babilonia. ¹⁹Entonces, en una visión nocturna, se le reveló el secreto a Daniel, y Daniel bendijo al Dios del cielo. ²⁰Daniel alzó la voz y dijo: «Bendito sea el nombre de Dios | por los siglos de los siglos, | pues suyos son la sabiduría y el poder. ²¹Él hace cambiar los tiempos y las estaciones, | y quita y pone a los reyes, | da la sabiduría a los sabios | y la inteligencia a los inteligentes. ²²Él revela lo profundo y lo oculto, | y conoce lo que hay en las tinieblas; | la luz habita junto a él. ²³A ti, Dios de mis padres, yo te doy gracias y alabo, | porque me has otorgado sabiduría y fortaleza, | y ahora me has revelado lo que hemos pedido, | me has hecho saber el asunto del rey». ²⁴Después de esto, Daniel fue a donde estaba Arioc, a quien el rey había designado para dar muerte a los sabios de Babilonia; se le acercó y le dijo:—No mates a los sabios de Babilonia; llévame ante el rey y le expondré la interpretación del sueño. ²⁵Inmediatamente Arioc introdujo a Daniel ante el rey y habló de este modo: —He encontrado un hombre de los deportados de Judá que expondrá al rey la interpretación del sueño. ²⁶El rey preguntó a Daniel, cuyo nombre era Baltasar: —¿De modo que eres capaz de contarme el sueño que he visto y de exponerme su interpretación? ²⁷Dirigiéndose al rey, Daniel contestó: —El secreto del que habla su majestad no lo

pueden explicar al rey ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos,
²⁸pero hay un Dios en el cielo que revela los secretos y que ha
anunciado al rey Nabucodonosor lo que sucederá al final de los
tiempos. Este es el sueño y las visiones de tu mente estando acostado:
²⁹«Tú, oh rey, mientras estabas en tu lecho, te pusiste a pensar en lo
que iba a suceder más tarde, y el que revela los secretos te comunicó lo
que va a suceder. ³⁰En cuanto a mí, se me ha revelado este secreto, no
porque tenga una sabiduría superior a la de todos los vivientes, sino
para que exponga su interpretación al rey, de modo que puedas
entender lo que tenías en la mente». ³¹«Tú, oh rey, estabas mirando y
apareció una gran estatua. Era una estatua enorme y su brillo
extraordinario resplandecía ante ti, y su aspecto era terrible. ³²Aquella
estatua tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el
vientre y los muslos de bronce, ³³las piernas de hierro, y los pies de
hierro mezclado con barro. ³⁴Mientras estabas mirando, una piedra se
desprendió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y
barro de la estatua, y los hizo pedazos. ³⁵Se hicieron pedazos a la vez el
hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, triturados como tamo de
una era en verano; el viento los arrebató y desaparecieron sin dejar
rastros. Y la piedra que había deshecho la estatua creció hasta hacerse
una montaña enorme que ocupaba toda la tierra». ³⁶«Este era el sueño;
ahora explicaremos al rey su sentido: ³⁷Tú, ¡oh rey, rey de reyes!, a
quien el Dios del cielo ha entregado el reino y el poder, y el dominio y la
gloria, ³⁸y a quien ha dado todos los territorios habitados por hombres,
bestias del campo y aves del cielo, para que reines sobre todos ellos, tú
eres la cabeza de oro. ³⁹Te sucederá otro reino menos poderoso;
después, un tercer reino de bronce, que dominará a todo el orbe.
⁴⁰Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro; como el hierro
destroza y machaca todo, así destruirá y triturará a todos. ⁴¹Los pies y
los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de alfarero,
representan un reino dividido, aunque conservará algo del vigor del
hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla. ⁴²Los dedos de los pies,

de hierro y barro, son un reino a la vez poderoso y débil. ⁴³Como viste el hierro mezclado con la arcilla, así se mezclarán los linajes, pero no llegarán a fundirse uno con otro, lo mismo que no se puede fundir el hierro con el barro. ⁴⁴Durante ese reinado, el Dios del cielo suscitará un reino que nunca será destruido, ni su dominio pasará a otro pueblo, sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, y él durará por siempre. ⁴⁵En cuanto a la piedra que viste desprenderse del monte sin intervención humana, y que destrozó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro, esto significa lo que el Dios poderoso ha revelado al rey acerca del tiempo futuro. El sueño tiene sentido y la interpretación es cierta». ⁴⁶Entonces el rey Nabucodonosor se postró rostro en tierra rindiendo homenaje a Daniel y mandó que le ofrecieran sacrificios y oblaciones. ⁴⁷El rey dijo a Daniel: —Sin duda que vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de reyes; él revela los secretos, puesto que tú fuiste capaz de explicar este secreto. ⁴⁸El rey exaltó a Daniel, le dio muchos y espléndidos regalos y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo sobre todos los sabios de Babilonia. ⁴⁹Daniel pidió al rey que pusiera a Sidrac, Misac y Abdénago en la administración de la provincia de Babilonia, mientras que Daniel permaneció en la corte del rey.

3¹El rey Nabucodonosor fabricó una estatua de oro de unos treinta metros de alta y tres de ancha, y la colocó en la llanura de Dura, provincia de Babilonia. ²Y el rey Nabucodonosor mandó reunir a los sátrapas, ministros, prefectos, consejeros, tesoreros, letrados, magistrados y todos los gobernadores de las provincias para que acudiesen a la inauguración de la estatua que había erigido el rey Nabucodonosor. ³Entonces se reunieron los sátrapas, ministros, prefectos, consejeros, tesoreros, letrados, magistrados y todos los gobernadores de las provincias para la inauguración de la estatua que había erigido el rey Nabucodonosor, y permanecieron ante la estatua erigida por Nabucodonosor. ⁴El heraldó gritó con fuerza: «A vosotros,

pueblos, naciones y lenguas, se os hace saber: ⁵En cuanto oigáis tocar la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos, os postraréis y adoraréis la estatua de oro que ha erigido el rey Nabucodonosor. ⁶Quien no se postre en adoración será inmediatamente arrojado al horno encendido». ⁷Así pues, en el momento en que todos los pueblos oyeron tocar la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro erigida por el rey Nabucodonosor. ⁸En aquel tiempo unos caldeos fueron a denunciar a los judíos. ⁹Dijeron al rey Nabucodonosor: ¹⁰—¡Viva el rey eternamente! Su Majestad ha decretado que, cuando alguien escuche tocar la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos, se postre adorando la estatua de oro, ¹¹y quien no se postre en adoración será arrojado a un horno encendido. ¹²Pues bien, hay unos judíos, Sidrac, Misac y Abdénago, a quienes has encomendado el gobierno de la provincia de Babilonia, que no obedecen la orden real, ni temen a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has erigido. ¹³Entonces Nabucodonosor, montando en cólera y enfurecido, mandó traer a Sidrac, Misac y Abdénago. Enseguida aquellos hombres fueron llevados ante el rey. ¹⁴Nabucodonosor les preguntó: —¿Es cierto, Sidrac, Misac y Abdénago, que no teméis a mis dioses ni adoráis la estatua de oro que he erigido? ¹⁵Mirad: si al oír tocar la trompa, la flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos, estáis dispuestos a postraros adorando la estatua que he hecho, hacedlo; pero, si no la adoráis, seréis arrojados inmediatamente al horno encendido, y ¿qué dios os libraré de mis manos? ¹⁶Sidrac, Misac y Abdénago contestaron al rey Nabucodonosor: —A eso no tenemos por qué responderte. ¹⁷Si nuestro Dios a quien veneramos puede librarnos del horno encendido, nos libraré, oh rey, de tus manos. ¹⁸Y aunque no lo hiciera, que te conste, majestad, que no veneramos a tus dioses ni adoramos la estatua de oro que has erigido. ¹⁹Entonces Nabucodonosor, furioso contra Sidrac,

Misac y Abdénago, y con el rostro desencajado por la rabia, mandó encender el horno siete veces más fuerte que de costumbre, ²⁰y ordenó a sus soldados más robustos que atasen a Sidrac, Misac y Abdénago y los echasen en el horno encendido. ²¹Así, a aquellos hombres, vestidos con sus pantalones, camisas, gorros y demás ropa, los ataron y los echaron en el horno encendido. ²²Puesto que la orden del rey era severa, y el horno estaba ardiendo al máximo, sucedió que las llamas abrasaron a los que conducían a Sidrac, Misac y Abdénago; ²³mientras los tres, Sidrac, Misac y Abdénago, caían atados en el horno encendido. ²⁴Ellos caminaban en medio de las llamas alabando a Dios y bendiciendo al Señor. ²⁵Puesto en pie, Azarías oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo: ²⁶«Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, | digno de alabanza y glorioso es tu nombre. ²⁷Porque eres justo en cuanto has hecho con nosotros | y todas tus obras son verdad, | y rectos tus caminos, | y justos todos tus juicios. ²⁸Has decretado sentencias justas | en todo lo que has hecho caer sobre nosotros | y sobre la ciudad santa de nuestros padres, Jerusalén, | pues lo has hecho con rectitud y justicia | a causa de nuestros pecados. ²⁹Porque hemos pecado y cometido iniquidad | apartándonos de ti, y en todo hemos delinquido, | sin obedecer tus mandatos. ³⁰No los hemos guardado, ni puesto en práctica, | como se nos mandó para que nos fuese bien. ³¹Cuanto has hecho recaer sobre nosotros | y cuanto nos has hecho, | lo has hecho con verdadera justicia. ³²Nos has entregado en poder de enemigos impíos, | los peores adversarios, | y de un rey injusto, el más inicuo en toda la tierra. ³³Ahora no podemos abrir la boca, | vergüenza y oprobio abruman a tus siervos | y a quienes te adoran. ³⁴Por el honor de tu nombre, | no nos desampares para siempre, | no rompas tu alianza, ³⁵no apartes de nosotros tu misericordia. | Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo; | por Israel, tu consagrado; ³⁶a quienes prometiste multiplicar su descendencia | como las estrellas del cielo, | como la arena de las playas marinas. ³⁷Pero ahora, Señor, somos el más pequeño | de todos los pueblos; |

hoy estamos humillados por toda la tierra | a causa de nuestros pecados. ³⁸En este momento no tenemos príncipes, | ni profetas, ni jefes; | ni holocausto, ni sacrificios, | ni ofrendas, ni incienso; | ni un sitio donde ofrecerte primicias, | para alcanzar misericordia. ³⁹Por eso, acepta nuestro corazón contrito | y nuestro espíritu humilde, | como un holocausto de carneros y toros | o una multitud de corderos cebados. ⁴⁰Que este sea hoy nuestro sacrificio, | y que sea agradable en tu presencia: | porque los que en ti confían | no quedan defraudados. ⁴¹Ahora te seguimos de todo corazón, | te respetamos, y buscamos tu rostro; | no nos defraudes, Señor; ⁴²trátanos según tu piedad, | según tu gran misericordia. ⁴³Líbranos con tu poder maravilloso | y da gloria a tu nombre, Señor. ⁴⁴Sean confundidos cuantos traman maldad contra tus siervos; | sean avergonzados, sin poder ni dominio, | y su fuerza sea arrebatada. ⁴⁵Sepan que tú eres el Señor, el único Dios, | glorioso sobre toda la tierra». ⁴⁶Los criados del rey que los habían arrojado dentro no paraban de avivar el horno con nafta, pez, estopa y sarmientos. ⁴⁷La llama se elevaba más de veinte metros por encima del horno; ⁴⁸se expandió y abrasó a los caldeos que halló alrededor del horno. ⁴⁹Pero el ángel del Señor descendió al horno con Azarías y sus compañeros y sacó la llama de fuego fuera del horno; ⁵⁰formó en el centro del horno una especie de viento como rocío que soplaba, y el fuego no les tocó en absoluto, ni les hizo daño ni les causó molestias. ⁵¹Entonces los tres, como una sola boca, empezaron a cantar himnos, a glorificar y a bendecir a Dios dentro del horno diciendo: ⁵²«Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres: | a ti gloria y alabanza por los siglos. | Bendito tu nombre, santo y glorioso: | a él gloria y alabanza por los siglos. ⁵³Bendito eres en el templo de tu santa gloria: | a ti gloria y alabanza por los siglos. ⁵⁴Bendito eres sobre el trono de tu reino: | a ti gloria y alabanza por los siglos. ⁵⁵Bendito eres tú, que sentado sobre querubines sondeas los abismos: | a ti gloria y alabanza por los siglos. ⁵⁶Bendito eres en la bóveda del cielo: | a ti honor y alabanza por los siglos. ⁵⁷Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, | ensalzadlo con

himnos por los siglos; ⁵⁸cielos, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁵⁹ángeles del Señor, bendecid al Señor; | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁰aguas del espacio, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶¹ejércitos del Señor, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶²sol y luna, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶³astros del cielo, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁴lluvia y rocío, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁵vientos todos, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁶fuego y calor, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁷fríos y heladas, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁸rocíos y nevadas, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁶⁹témpanos y hielos, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷⁰escarchas y nieves, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷¹noche y día, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷²luz y tinieblas, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷³rayos y nubes, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos. ⁷⁴Bendiga la tierra al Señor, | ensálcelo con himnos por los siglos. ⁷⁵Montes y cumbres, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷⁶cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor, | ensálcelo con himnos por los siglos; ⁷⁷manantiales, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷⁸mares y ríos, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁷⁹cetáceos y peces, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁸⁰aves del cielo, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁸¹fieras y ganados, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁸²hijos de los hombres, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos. ⁸³Bendiga Israel al Señor, | ensálcelo con himnos por los siglos. ⁸⁴Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁸⁵siervos del Señor, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁸⁶almas y espíritus justos, bendecid al Señor, | ensalzadlo con

himnos por los siglos; ⁸⁷santos y humildes de corazón, bendecid al Señor, | ensalzadlo con himnos por los siglos; ⁸⁸Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor; | ensalzadlo con himnos por los siglos, | porque nos sacó del abismo y nos salvó de la muerte, | nos arrancó del horno encendido y nos libró del fuego. ⁸⁹Dad gracias al Señor porque es bueno, | porque es eterna su misericordia. ⁹⁰Fieles todos del Señor, bendecid al Dios de los dioses, | alabadle y dadle gracias | porque es eterna su misericordia». ^{91 (24)}Entonces el rey Nabucodonosor se alarmó, se levantó y preguntó, estupefacto, a sus consejeros: —¿No eran tres los hombres que atamos y echamos al horno? Le respondieron: —Así es, majestad. ^{92 (25)}Preguntó: —Entonces, ¿cómo es que veo cuatro hombres, sin atar, paseando por el fuego sin sufrir daño alguno? Y el cuarto parece un ser divino. ^{93 (26)}Y acercándose Nabucodonosor a la puerta del horno encendido, dijo: —Sidrac, Misac y Abdénago, siervos del Dios altísimo, salid y venid. ^{94 (27)}Enseguida Sidrac, Misac y Abdénago salieron del fuego. Los sátrapas, ministros, prefectos y consejeros se aprestaron para ver a aquellos hombres en cuyos cuerpos no había hecho mella el fuego; no se les había quemado el cabello de la cabeza, los pantalones estaban intactos, y ni siquiera olían a humo. ⁹⁵

⁽²⁸⁾Nabucodonosor, entonces, dijo: —Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que envió un ángel a salvar a sus siervos, que, confiando en él, desobedecieron el decreto real y entregaron sus cuerpos antes que venerar y adorar a otros dioses fuera del suyo. ⁹⁶

⁽²⁹⁾Por eso decreto que a quien blasfeme contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, de cualquier pueblo, nación o lengua que sea, lo hagan pedazos y su casa sea derribada. Porque no existe otro Dios capaz de librar como este. ^{97 (30)}Después el rey dio cargos a Sidrac, Misac y Abdénago en la provincia de Babilonia. ^{98 (31)}El rey Nabucodonosor a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: «Paz y prosperidad. ^{99 (32)}Me ha parecido conveniente dar a conocer los signos y prodigios que el Dios altísimo ha realizado conmigo. ^{100 (33)}¡Qué

grandes son sus signos | y qué poderosos sus prodigios! | Su reinado es un reinado eterno, | y su dominio de generación en generación».

4¹«Yo, Nabucodonosor, estaba tranquilo en mi casa y con buena salud en mi palacio, ²cuando tuve un sueño que me asustó; las imaginaciones que me vinieron en el lecho y las visiones de mi mente me aterrorizaron. ³Entonces ordené que trajeran ante mí a todos los sabios de Babilonia para que me expusieran la interpretación del sueño. ⁴Llegaron los magos, astrólogos, adivinos y agoreros, les expuse el sueño, pero no me expusieron su interpretación. ⁵Finalmente vino ante mí Daniel, cuyo nombre es Baltasar como el de mi dios y en el que mora el espíritu de los santos dioses, y le expuse el sueño: ⁶—Baltasar, jefe de los magos, puesto que yo sé que en ti mora el espíritu de los santos dioses y que no se te resiste ningún secreto, estas son las visiones del sueño que tuve; dime su interpretación. ⁷Estando en mi lecho tuve estas visiones: Miré y en medio de la tierra había un árbol cuya altura era enorme. ⁸El árbol creció y se hizo corpulento; su copa llegaba al cielo y era visible desde todos los confines de la tierra. ⁹Su ramaje era hermoso y su fruto abundante; tenía alimento para todos. Bajo él buscaban refugio las bestias del campo, y en sus ramas anidaban las aves del cielo; de él se alimentaba todo ser vivo. ¹⁰Estaba en mi lecho contemplando las visiones de mi mente, cuando un vigilante, un santo, bajó del cielo, ¹¹y gritó con gran fuerza diciendo: “Derribad el árbol, cortad sus ramas, arrancad sus hojas y desparramad su fruto; huyan de debajo de él los animales salvajes, y de sus ramas las aves. ¹²Pero el tocón con sus raíces, dejadlo en tierra, atado con cadenas de hierro y de bronce entre la hierba del campo; que se empape del rocío del cielo y comparta con las bestias el pasto de la tierra. ¹³Le será cambiado el corazón de hombre y se le dará un corazón de bestia, y así pasará siete años. ¹⁴Por decreto de los ángeles llega la sentencia, y por mandato de los santos la resolución, a fin de que los vivientes reconozcan que el dominio del Altísimo está por encima del

reinado de los hombres; él lo da a quien quiere y eleva hasta el reino al más humilde de los hombres”. ¹⁵Este es el sueño que yo, el rey Nabucodonosor, he visto. Tú, Baltasar, expón la interpretación, pues ningún sabio del reino ha podido dármele a conocer. Pero tú sí que eres capaz, pues en ti mora el espíritu de los santos dioses». ¹⁶Entonces Daniel, cuyo nombre es Baltasar, quedó atónito durante un momento y sus pensamientos le asustaron. El rey continuó diciendo: —Baltasar, no te asuste el sueño ni su interpretación. Baltasar contestó: —Señor mío, que el sueño sea para los que te odian y su interpretación para tus enemigos. ¹⁷El árbol que viste crecer y hacerse robusto, cuya cima alcanzaba el cielo y era visible en toda la tierra, ¹⁸cuyo ramaje era hermoso y su fruto abundante, en el que había alimento para todos y bajo el que se refugiaban las bestias del campo y en sus ramas anidaban las aves del cielo, ¹⁹eres tú, oh rey, que te has engrandecido y te has hecho fuerte. Tu grandeza ha crecido y ha alcanzado el cielo, y tu dominio los confines de la tierra. ²⁰Acerca del vigilante y el santo que el rey vio bajar del cielo y decir: «Derribad el árbol y destrozadlo, pero dejad el tocón con sus raíces en tierra, atado con cadenas de hierro y bronce entre la hierba del campo, que se empape del rocío del cielo y comparta con las bestias del campo hasta que pase así siete años», ²¹esta es, oh rey, la interpretación, y este es el decreto del Altísimo que recae sobre mi señor el rey: ²²Te apartarán de los hombres y vivirás con las bestias del campo, te darán a comer hierba como a los toros y dejarán que te empapes del rocío del cielo; así pasarás siete años hasta que reconozcas que el dominio del Altísimo está por encima del reinado de los hombres, y que él lo da a quien quiere. ²³En cuanto a la orden de dejar el tocón con las raíces del árbol, significa que tu reinado se te mantendrá cuando hayas reconocido que quien domina es el cielo. ²⁴Por eso, majestad, acepta de buen grado mi consejo: expía tus pecados con limosnas, y tus delitos socorriendo a los pobres, para que dure tu paz. ²⁵Todo esto le sucedió al rey Nabucodonosor. ²⁶Al cabo de doce meses estaba paseando por el palacio real de Babilonia, ²⁷y

comenzó el rey a decir: «¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para residencia real, conforme a la grandeza de mi poder y según la gloria de mi majestad?». ²⁸El rey tenía aún la palabra en la boca, cuando vino una voz del cielo: «A ti te hablan, rey Nabucodonosor. Se te ha quitado el reino. ²⁹Te apartarán de los hombres y vivirás con las bestias del campo; te darán a comer hierba como a los toros, y así pasarás siete años hasta que reconozcas que el dominio del Altísimo está por encima del reinado de los hombres y que él lo da a quien quiere». ³⁰Al instante la palabra se cumplió en Nabucodonosor. Fue alejado de los hombres, comía hierba como los toros y su cuerpo se empapaba del rocío del cielo, hasta que el cabello le creció como las plumas de las águilas y las uñas como las de las aves. ³¹Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo; recobré la razón, y bendije al Altísimo, alabé y glorifiqué al que vive eternamente, porque su dominio es un dominio eterno, y su reinado de generación en generación. ³²Todos los habitantes de la tierra no cuentan nada ante él; con los ejércitos de los cielos hace lo que quiere, lo mismo que con los habitantes de la tierra. No hay quien resista a su mano y le diga: ¿Qué estás haciendo? ³³En aquel momento recobré la razón y, para gloria de mi reino, me fueron restituidos mi majestad y mi esplendor. Mis consejeros y magnates acudieron a mí; fui restablecido en mi reino y se me concedió mayor grandeza. ³⁴Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y glorifico al Rey del cielo porque todas sus obras son conforme a la verdad y sus designios justos, y porque puede humillar a quien actúa con soberbia.

5¹El rey Baltasar ofreció un gran banquete a mil de sus nobles, y se puso a beber vino delante de los mil. ²Bajo el efecto del vino, Baltasar mandó traer los vasos de oro y plata que su padre Nabucodonosor había cogido en el templo de Jerusalén, para que bebieran en ellos el rey junto con sus nobles, sus mujeres y sus concubinas. ³Cuando trajeron los vasos de oro que habían cogido en el templo de Jerusalén,

brindaron con ellos el rey y sus nobles, sus mujeres y sus concubinas.

⁴Y mientras bebían vino, alababan a sus dioses de oro y plata, de bronce y de hierro, de madera y de piedra. ⁵De repente aparecieron unos dedos de mano humana escribiendo sobre el revoque del muro del palacio real, frente al candelabro; y el rey veía el dorso de la mano que escribía. ⁶Entonces su rostro palideció, sus pensamientos le turbaron, los músculos del cuerpo se le aflojaron, y las rodillas le entrechocaban. ⁷El rey mandó a gritos que vinieran los astrólogos, magos y adivinos, y dijo a los sabios de Babilonia: —El que lea ese escrito y me explique su interpretación se vestirá de púrpura, llevará al cuello un collar de oro y ocupará el tercer puesto en mi reino.

⁸Acudieron todos los sabios del reino, pero no pudieron leer lo escrito ni exponer al rey su interpretación. ⁹Entonces el rey Baltasar quedó muy consternado y su rostro palideció; también sus nobles estaban perplejos. ¹⁰A las palabras del rey y de sus nobles, la reina entró en la sala del banquete, tomó la palabra y dijo: —¡Viva el rey eternamente! No te turben tus pensamientos ni palidezca tu rostro. ¹¹En tu reino hay un hombre que tiene el espíritu de los santos dioses y en el que, cuando vivía tu padre, se encontraron inteligencia, prudencia y una sabiduría semejante a la sabiduría de los dioses. Tu padre, el rey Nabucodonosor, lo nombró jefe de los magos, astrólogos, agoreros y adivinos, ¹²porque en él se encontró un espíritu superior: conocimiento e inteligencia para interpretar sueños, aclarar enigmas y resolver problemas. Se trata de Daniel, a quien el rey puso el nombre de Baltasar. Ahora, que llamen a Daniel y él expondrá la interpretación.

¹³Trajerón a Daniel ante el rey y este le preguntó: —¿Eres tú Daniel, uno de los judíos desterrados que trajo de Judea el rey mi padre? ¹⁴He oído decir de ti que posees el espíritu de los dioses, y que en ti se encuentran inteligencia, prudencia y una sabiduría extraordinaria. ¹⁵Han traído ante mí a los sabios y astrólogos para que leyeran este escrito y me expusieran su interpretación, pero no han podido exponer la interpretación de todo esto. ¹⁶He oído decir de ti que tú puedes

interpretar sueños y resolver problemas; pues bien, si logras leer lo escrito y exponerme su interpretación, te vestirás de púrpura, llevarás al cuello un collar de oro y ocuparás el tercer puesto en mi reino.

¹⁷Entonces Daniel habló así al rey: «Quédate con tus dones y da a otro tus regalos. Yo leeré al rey lo escrito y le expondré su interpretación.

¹⁸Majestad: el Dios altísimo dio a tu padre Nabucodonosor el reino y el poder, la gloria y el honor, ¹⁹y por el poder que se le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas lo temían y respetaban; él mataba al que quería, y al que quería dejaba vivo; exaltaba al que quería, y al que quería humillaba. ²⁰Pero como su corazón se llenó de soberbia y su espíritu se obstinó en la arrogancia, fue depuesto de su trono real y se le quitó su gloria. ²¹Fue alejado de los hombres y su corazón se volvió como el de las bestias, vivió con los asnos salvajes y comió hierba como los toros; y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que reconoció que el Dios altísimo tiene el dominio en el reinado de los hombres y establece en él a quien quiere. ²²Tú, Baltasar, su hijo, no has humillado tu corazón a pesar de que sabías todo esto. ²³Te has rebelado contra el Señor del cielo y has hecho traer a tu presencia los vasos de su templo, para beber vino en ellos en compañía de tus nobles, tus mujeres y tus concubinas. Has alabado a dioses de plata y oro, de bronce y hierro, de madera y piedra, que ni ven, ni oyen, ni entienden; mientras que al Dios dueño de tu vida y tus empresas no lo has honrado. ²⁴Por eso él ha enviado esa mano para escribir este texto. ²⁵Lo que está escrito es: “Contado, Pesado, Dividido”. ²⁶Y la interpretación es esta: “Contado”: Dios ha contado los días de tu reinado y les ha señalado el final. ²⁷“Pesado”: te ha pesado en la balanza, y te falta peso. ²⁸“Dividido”: tu reino ha sido dividido, y lo entregan a medos y persas». ²⁹Entonces Baltasar mandó que vistieran a Daniel de púrpura, que le pusieran al cuello un collar de oro y que pregonaran que tenía el tercer puesto en el reino. ³⁰Baltasar, rey de los caldeos, fue asesinado aquella misma noche.

6¹Darío, el medo, accedió al trono a la edad de sesenta y dos años. ²Le pareció conveniente a Darío nombrar a ciento veinte sátrapas que gobernasen en todo el reino, ³y sobre ellos a tres ministros, -uno de ellos era Daniel-, a quienes los sátrapas rindieran cuentas, de manera que el rey no sufriese ningún perjuicio. ⁴Este Daniel sobresalía entre los ministros y los sátrapas porque poseía un espíritu superior, y el rey pensó ponerlo al frente de todo el reino. ⁵Los ministros y los sátrapas buscaban algún motivo para acusar a Daniel en lo concerniente a la administración del reino, pero no pudieron encontrar ninguna causa o falta para acusarlo, puesto que Daniel era leal y no se le podía acusar de ningún error o falta. ⁶Entonces aquellos hombres se dijeron: «Ya que no podemos acusar a Daniel de ningún fallo, acusémoslo en lo que toca a la ley de su Dios». ⁷Así pues, aquellos ministros y sátrapas acudieron alborotados al rey y le hablaron de este modo: —¡Viva eternamente el rey Darío! ⁸Todos los ministros del reino, los prefectos, sátrapas, consejeros y gobernadores han acordado que se promulgue un edicto real y se decrete que, durante treinta días, todo el que haga oración a cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea arrojado al foso de los leones. ⁹Así pues, majestad, promulga esa prohibición y firma un decreto para que no sea cambiada, según la ley irrevocable de medos y persas. ¹⁰De acuerdo con esto, el rey Darío firmó el decreto con la prohibición. ¹¹En cuanto Daniel supo que había sido firmado el decreto, entró en su casa; las ventanas del piso superior daban hacia Jerusalén. Se ponía de rodillas tres veces al día, rezaba y daba gracias a Dios como solía hacerlo antes. ¹²Entonces aquellos hombres espionaron a Daniel y lo sorprendieron orando y suplicando a su Dios. ¹³Luego se acercaron al rey y le hablaron sobre la prohibición: —Majestad, ¿no has firmado tú un decreto que prohíbe durante treinta días hacer oración a cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, bajo pena de ser arrojado al foso de los leones? El rey contestó: —El decreto está en vigor, como ley irrevocable de medos y persas. ¹⁴Ellos le replicaron: —Pues Daniel, uno de los deportados de Judea, no te obedece a ti, majestad, ni acata el

edicto que has firmado, sino que hace su oración tres veces al día. ¹⁵Al oírlo, el rey, todo sofocado, se puso a pensar cómo salvar a Daniel, y hasta la puesta del sol estuvo intentando librarlo. ¹⁶Pero aquellos hombres le urgían, diciéndole: —Majestad, sabes que, según la ley de medos y persas, todo decreto o edicto real son válidos e irrevocables. ¹⁷Entonces el rey mandó traer a Daniel y echarlo al foso de los leones. Y dijo a Daniel: ¡Que te salve tu Dios al que veneras fielmente! ¹⁸Trajerón una piedra, taparon con ella la boca del foso, y el rey la selló con su sello y con el de sus nobles, de manera que nadie pudiese modificar la sentencia dada contra Daniel. ¹⁹Luego el rey volvió a su palacio, pasó la noche en ayunas, sin mujeres y sin poder dormir. ²⁰Por la mañana, al rayar el alba, el rey se levantó y fue corriendo al foso de los leones. ²¹Se acercó al foso y gritó a Daniel con voz angustiada. Le dijo a Daniel: — ¡Daniel, siervo del Dios vivo! ¿Ha podido salvarte de los leones tu Dios al que veneras fielmente? ²²Daniel le contestó: —¡Viva el rey eternamente! ²³Mi Dios envió a su ángel a cerrar las fauces de los leones, y no me han hecho ningún daño, porque ante él soy inocente; tampoco he hecho nada malo contra ti. ²⁴El rey se alegró mucho por eso y mandó que sacaran a Daniel del foso; al sacarlo del foso, no tenía ni un rasguño, porque había confiado en su Dios. ²⁵Luego el rey mandó traer a los hombres que habían calumniado a Daniel, y ordenó que los arrojasen al foso de los leones con sus hijos y esposas. No habían llegado al suelo del foso y ya los leones los habían atrapado y despedazado. ²⁶Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que pueblan la tierra: «¡Paz y bienestar! ²⁷De mi parte queda establecido el siguiente decreto: Que en todos los dominios de mi reino se respete y se tema al Dios de Daniel. Él es el Dios vivo, que permanece siempre. Su reino no será destruido, su imperio dura hasta el fin. ²⁸Él salva y libra, hace prodigios y signos en el cielo y en la tierra. Él salvó a Daniel de los leones». ²⁹Daniel prosperó en el reino de Darío y en el de Ciro el persa.

7¹El año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño y visiones en su mente mientras estaba en la cama. Enseguida escribió el sueño. Comienzo del relato. ²Dijo Daniel: Tuve una visión nocturna: Vi que los cuatro vientos del cielo agitaban el océano. ³Cuatro bestias gigantescas salieron del mar, distintas una de otra. ⁴La primera era como un león con alas de águila; la estaba mirando y de pronto vi que le arrancaban las alas, la alzaron del suelo, la pusieron de pie como un hombre y le dieron un corazón humano. ⁵Había una segunda bestia semejante a un oso; estaba medio erguida, con tres costillas en la boca, entre los dientes. Le dijeron: «Levántate. Come carne en abundancia». ⁶Después yo seguía mirando y vi otra bestia como un leopardo, con cuatro alas de ave en el lomo, y esta bestia tenía cuatro cabezas. Y le dieron el poder. ⁷Después seguí mirando y en mi visión nocturna contemplé una cuarta bestia, terrible, espantosa y extraordinariamente fuerte; tenía grandes dientes de hierro, con los que comía y descuartizaba; y las sobras las pateaba con las pezuñas. Era distinta de las bestias anteriores, porque tenía diez cuernos. ⁸Miré atentamente los cuernos, y vi que de entre ellos salía otro cuerno pequeño; y arrancaron ante él tres de los cuernos precedentes. Aquel cuerno tenía ojos humanos, y una boca que profería insolencias. ⁹Miré y vi que colocaban unos tronos. Un anciano se sentó. | Su vestido era blanco como nieve, su cabellera como lana limpiísima; | su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas; ¹⁰un río impetuoso de fuego brotaba y corría ante él. | Miles y miles lo servían, millones estaban a sus órdenes. | Comenzó la sesión y se abrieron los libros. ¹¹Yo seguí mirando, atraído por las insolencias que profería aquel cuerno; hasta que mataron a la bestia, la descuartizaron y la echaron al fuego. ¹²A las otras bestias les quitaron el poder, dejándolas vivas una temporada, hasta un tiempo y una hora. ¹³Seguí mirando. Y en mi visión nocturna | vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. | Avanzó hacia el anciano y llegó hasta su presencia. ¹⁴A él se le dio poder, honor y reino. | Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron. |

Su poder es un poder eterno, no cesará. | Su reino no acabará. ¹⁵Yo, Daniel, me sentía agitado por dentro a causa de esto, y me turbaban las visiones de mi mente. ¹⁶Me acerqué a uno de los que estaban allí en pie y le pedí que me explicase todo aquello. Él me contestó exponiéndome la interpretación de la visión: ¹⁷«Esas cuatro bestias gigantescas representan cuatro reinos que surgirán en el mundo. ¹⁸Pero los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán para siempre por los siglos de los siglos». ¹⁹Yo quise saber qué significaba la cuarta bestia, distinta de las demás, terrible, con dientes de hierro y garras de bronce, que devoraba y trituraba, y pateaba las sobras con las pezuñas, ²⁰y qué significaban los diez cuernos de su cabeza, y el otro cuerno que le salía y eliminaba a otros tres; aquel cuerno que tenía ojos y una boca que profería insolencias, y era más grande que sus compañeros. ²¹Mientras yo seguía mirando, aquel cuerno luchó contra los santos y los derrotó. ²²Hasta que llegó el anciano para hacer justicia a los santos del Altísimo; se cumplió el tiempo y los santos tomaron posesión del reino. ²³Después me dijo: «La cuarta bestia es un cuarto reino que habrá en la tierra, distinto de todos los demás; devorará toda la tierra, la trillará y triturará. ²⁴Sus diez cuernos son diez reyes que habrá en aquel reino; después de ellos vendrá otro distinto que destronará a tres reyes, ²⁵blasfemarà contra el Altísimo, e intentará aniquilar a los santos del Altísimo y cambiar el calendario y la ley. Los santos serán abandonados a su poder durante un año, dos años y medio año. ²⁶Pero cuando se siente el tribunal a juzgar, se le quitarà el poder y será destruido y aniquilado totalmente. ²⁷El reinado, el dominio y la grandeza de todos los reinos bajo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo. Su reino será un reino eterno, al que temerán y se someterán todos los soberanos». ²⁸Hasta aquí llega el relato. Yo, Daniel, quedé muy turbado con mis pensamientos y se me mudó el semblante; pero guardé todo en mi corazón.

8¹El año tercero del reinado del rey Baltasar, yo, Daniel, tuve otra visión, después de la que había tenido al principio. ²Contemplaba la visión y, en ella, yo me encontraba en la ciudadela de Susa, en la provincia de Elán; en mi visión yo estaba junto al río Ulay. ³Levanté la vista, miré y vi un carnero que estaba situado delante del río y que tenía dos cuernos. Los dos cuernos eran grandes, pero uno era más grande que el otro, y el más grande salía del otro. ⁴Vi al carnero que atacaba hacia el Oeste, el Norte y el Sur, y ninguna bestia podía resistir ante él ni librarse de su poder. Hacía lo que quería, y se engrandeció. ⁵Yo estaba reflexionando y vi un macho cabrío que venía de occidente por la superficie de toda la tierra sin tocar el suelo. El macho cabrío tenía un formidable cuerno entre los ojos. ⁶Llegó hasta el carnero de los dos cuernos que yo había visto situado delante del río, y arremetió contra él con la furia de su fuerza. ⁷Lo vi correr hacia el carnero, y, enfurecido contra él, embistió al carnero y le rompió los dos cuernos; y el carnero no tuvo fuerza para resistirle. Lo derribó a tierra y lo pisoteó sin que hubiera nadie que librara al carnero de su poder. ⁸El macho cabrío se hizo extraordinariamente grande, pero al crecer su poderío, se le rompió aquel cuerno grande y en su lugar surgieron otros cuatro hacia los cuatro puntos cardinales. ⁹Y de uno de ellos salió otro cuerno pequeño que creció mucho hacia el Sur, hacia el Oriente y hacia la Tierra Hermosa. ¹⁰Se alzó contra el ejército de los cielos y derribó parte de ese ejército y de las estrellas; y los pisoteó. ¹¹Se elevó hasta el jefe del ejército, suprimió el sacrificio cotidiano y derribó su santuario. ¹²Se le dio un ejército contra el sacrificio cotidiano por los pecados, arrojó por tierra la verdad y actuó con éxito. ¹³Después oí a un santo que hablaba, y a otro santo que decía al que estaba hablando: «¿Hasta cuándo durará la visión: el sacrificio cotidiano, el pecado de la actual desolación, el santuario y el ejército pisoteados?». ¹⁴Y le contestó: «Dos mil trescientas tardes y mañanas, y será purificado el santuario». ¹⁵Yo, Daniel, seguía contemplando la visión y trataba de comprenderla, cuando apareció ante mí como la imagen de un hombre. ¹⁶Oí una voz

humana junto al río Ulay, que gritó diciendo: «Gabriel, explícale la visión». ¹⁷Se acercó adonde yo estaba, y al acercarse me aterroricé y caí de bruces. Me dijo:—Comprende, hijo de hombre, que la visión tendrá su cumplimiento en el tiempo final. ¹⁸Mientras él hablaba conmigo, quedé inconsciente rostro a tierra, pero me tocó y me hizo ponerme en pie. ¹⁹Me dijo: —Voy a darte a conocer lo que sucederá al final del tiempo de la cólera, pues está fijado el fin. ²⁰El carnero dotado con dos cuernos que has visto son los reyes de Media y de Persia, ²¹y el macho cabrío es el rey de Grecia, siendo el cuerno grande que había entre sus ojos el primer rey. ²²Una vez roto este, surgieron cuatro en su lugar; son cuatro reinos que surgieron de su pueblo, pero no con la misma fuerza. ²³Al final de sus reinados, al colmarse las prevaricaciones, se alzaré un rey insolente y experto en argucias. ²⁴Su fuerza será poderosa, aunque no por ella misma; devastará obras maravillosas, actuará con gran éxito y destruirá a los poderosos y al pueblo de los santos. ²⁵Con su astucia hará prosperar el fraude en sus manos, se engrandecerá en su corazón y fríamente destruirá a muchos. Se alzaré contra el príncipe de príncipes, pero sin intervención humana será destrozado. ²⁶La visión sobre la tarde y la mañana de la que se ha hablado es verdad. Pero tú sella la visión porque es para días lejanos. ²⁷Yo, Daniel, languidecí y estuve enfermo varios días. Después me levanté y me ocupé de los asuntos del rey, pero estaba confundido por la visión sin comprenderla.

9¹El año primero de Darío, hijo de Asuero, medo de linaje y rey de los caldeos, ²el año primero de su reinado, yo, Daniel, indagué en los libros la palabra del Señor dicha al profeta Jeremías acerca del número de años que Jerusalén había de quedar en ruinas: era setenta años. ³Después me dirigí al Señor Dios, implorándole con oraciones y súplicas, con ayuno, saco y ceniza. ⁴Oré al Señor, mi Dios, y le hice esta confesión: «Ay, mi Señor, Dios grande y terrible, que guarda la alianza y es leal con los que lo aman y cumplen sus mandamientos. ⁵Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado

apartándonos de tus mandatos y preceptos. ⁶No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. ⁷Tú, mi Señor, tienes razón y a nosotros nos abrume la vergüenza, tal como sucede hoy a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel, a los de cerca y a los de lejos, en todos los países por donde los dispersaste a causa de los delitos que cometieron contra ti. ⁸Señor, nos abrume la vergüenza: a nuestros reyes, príncipes y padres, porque hemos pecado contra ti. ⁹Pero, mi Señor, nuestro Dios, es compasivo y perdona, aunque nos hemos rebelado contra él. ¹⁰No obedecimos la voz del Señor, nuestro Dios, siguiendo las normas que nos daba por medio de sus siervos, los profetas. ¹¹Todo Israel faltó a tu ley y se desvió sin escuchar tu voz; por eso han caído sobre nosotros la maldición y el juramento escritos en la ley de Moisés, siervo de Dios, pues hemos pecado contra él. ¹²Él ha cumplido las palabras que pronunció contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaban, enviándonos una calamidad tan grande que no ha habido otra bajo el cielo como la que ha sucedido en Jerusalén. ¹³Ha caído sobre nosotros toda esta desgracia según está escrito en la ley de Moisés, y no hemos aplacado al Señor, nuestro Dios, convirtiéndonos de nuestros crímenes y reconociendo tu verdad. ¹⁴El Señor estuvo atento a la desgracia y la trajo sobre nosotros, porque el Señor, nuestro Dios, es justo en todo lo que hace y no hemos escuchado su voz. ¹⁵Ahora, mi Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de Egipto con mano fuerte y te hiciste un nombre como el que hoy tienes, hemos pecado y obrado inicuaamente. ¹⁶Señor mío, según toda tu justicia, retira, por favor, tu ira y tu furor de tu ciudad de Jerusalén, tu monte santo, porque, por nuestros pecados y por los crímenes de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son afrenta ante todos los que nos rodean. ¹⁷Escucha ahora, Dios nuestro, la oración de tu siervo y sus súplicas, y por tu honor haz brillar tu rostro sobre tu santuario asolado, mi Señor. ¹⁸Ay, mi Señor, inclina tu oído y escúchame; abre los ojos y mira nuestra

desolación y la ciudad que lleva tu nombre; pues, al presentar ante ti nuestras súplicas, no confiamos en nuestra justicia, sino en tu gran compasión. ¹⁹Escucha, Señor; perdona, Señor; atiende, Señor; actúa sin tardanza, Señor mío, por tu honor, pues tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo». ²⁰Aún estaba yo hablando y suplicando, confesando mi pecado y el de mi pueblo, Israel, y presentando mis súplicas al Señor mi Dios en favor de su monte santo; ²¹aún estaba pronunciando la súplica, cuando aquel hombre, Gabriel, el que había visto al comienzo en la visión, llegó volando hasta mí a la hora de la ofrenda vespertina. ²²Al llegar, me habló así: —Daniel, acabo de salir para hacer que comprendas. ²³Al principio de tus súplicas se pronunció una sentencia, y yo he venido para comunicártela, porque eres un predilecto. Entiende la sentencia, comprende la visión: ²⁴Setenta semanas están decretadas sobre tu pueblo y tu ciudad santa; para poner fin al delito, cancelar el pecado y expiar el crimen, para traer una justicia eterna, para que se cumpla la visión y la profecía, y para ungir el santo de los santos. ²⁵Has de saberlo y comprenderlo: desde que se decretó la vuelta y la reconstrucción de Jerusalén hasta un príncipe ungido pasarán siete semanas; y pasarán sesenta y dos semanas; y entonces será reconstruida con calles y fosos, pero serán tiempos de angustia. ²⁶Pasadas las sesenta y dos semanas, matarán a un ungido inocente. Vendrá un príncipe con su tropa y arrasará la ciudad y el templo, pero su final será un cataclismo; guerra y destrucción están decretadas hasta el fin. ²⁷Hará una alianza firme con muchos durante una semana: durante media semana hará cesar sacrificios y ofrendas, y pondrá sobre el altar la abominación de la desolación, hasta que el fin decretado le llegue al desolador.

10¹El año tercero de Ciro, rey de Persia, Daniel, llamado Baltasar, recibió una palabra: la palabra era cierta, acerca de un ejército inmenso. Comprendió la palabra y entendió la visión. ²Por entonces, yo, Daniel, estaba cumpliendo un luto de tres semanas: ³no comía

manjares exquisitos, no probaba vino ni carne, ni me ungí durante las tres semanas. ⁴El día veinticuatro del mes primero, estaba yo junto al Río Grande, el Tigris. ⁵Alcé la vista y vi aparecer un hombre vestido de lino, con un cinturón de oro de Ofaz; ⁶su cuerpo era como crisólito, su rostro como un relámpago, sus ojos como antorchas llameantes, sus brazos y piernas como destellos de bronce bruñido, sus palabras resonaban como las de una multitud. ⁷Solo yo, Daniel, contemplaba la visión; la gente que estaba conmigo, aunque no contemplaba la visión, quedó sobrecogida de terror y corrió a esconderse. ⁸Así quedé solo, y al ver aquella magnífica visión, me sentí desfallecer; mi semblante quedó desfigurado y no lograba dominarme. ⁹Entonces oí el sonido de sus palabras y, al oírlo, caí de bruces, en un letargo, con el rostro en tierra. ¹⁰Una mano me tocó e hizo que me pusiera sobre las rodillas y las palmas de las manos. ¹¹Luego me habló: —Daniel, predilecto, fíjate en las palabras que voy a decirte y ponte en pie, porque ahora me han enviado a ti. Mientras me hablaba así, me puse en pie temblando. ¹²Me dijo: —No temas, Daniel. Desde el primer día que te dedicaste a intentar comprender y a humillarte ante tu Dios, tus palabras han sido escuchadas, y yo he venido a causa de ellas. ¹³El príncipe del reino de Persia me opuso resistencia durante veintiún días, pero Miguel, uno de los príncipes supremos, vino en mi auxilio; por eso me detuve allí, junto a los reyes de Persia. ¹⁴Ahora he venido a explicarte lo que ha de suceder a tu pueblo en los últimos días, porque aún hay visión para días. ¹⁵Mientras me hablaba así, caí de bruces a tierra y enmudecí. ¹⁶Entonces alguien como una figura humana me tocó los labios; abrí la boca y dije al que estaba frente a mí: —Mi Señor, la visión me ha hecho retorcerme de dolor y no puedo dominarme. ¹⁷¿Cómo podrá este esclavo de mi Señor hablar a mi Señor? ¡Ahora las fuerzas me abandonan y he quedado sin aliento! ¹⁸De nuevo, alguien como una figura humana me tocó y me infundió fuerzas. ¹⁹Después me dijo: «La — No temas, hombre predilecto; la paz sea contigo, sé fuerte. Mientras me hablaba, recobré las fuerzas y dije: —Mi Señor, puedes hablar, pues

me has dado fuerzas. cuarta bestia es un cuarto reino que habrá en la tierra, distinto de todos los demás; devorará toda la tierra, la trillará y triturará. ²⁰Me dijo: —¿Sabes para qué he venido hasta ti? Ahora tengo que volver a luchar con el príncipe de Persia; cuando yo me vaya, vendrá el príncipe de Grecia. ²¹Pero te comunicaré lo que está escrito en el libro de la verdad. Nadie me ayuda contra aquellos si no es vuestro príncipe, Miguel.

11¹Yo, durante el primer año de Darío el medo, estuve presente para darle fuerza y seguridad. ²Ahora te comunico la verdad: «Todavía habrá en Persia tres reyes. El cuarto obtendrá riquezas mayores que las de todos los demás y, cuando sea poderoso por su riqueza, volverá a todos contra el reino de Grecia. ³Entonces surgirá un rey fuerte que tendrá grandes dominios y actuará como le plazca. ⁴Pero apenas esté consolidado, su reino será desmembrado y pasará a otros distintos de aquellos». ⁵«El rey del Sur se hará fuerte, pero uno de sus generales se hará más fuerte que él y tendrá más dominios que él. ⁶Al cabo de los años harán una alianza y la hija del rey del Sur acudirá al rey del Norte para hacer las paces, pero ella perderá su poder, y su linaje no subsistirá; y será entregada con su séquito, su hijo y el que la protegía en ese momento. ⁷Pero se alzará un retoño de sus raíces en lugar de aquel, saldrá a luchar y penetrará en la fortaleza del rey del Norte, los atacará y los vencerá. ⁸Se llevará cautivos a Egipto a sus dioses, sus ídolos y los objetos preciosos de plata y oro, y por unos años se mantendrá alejado del rey del Norte». ⁹«Entrará en el reino del rey del Sur, pero se volverá a su territorio. ¹⁰Sus hijos declararán la guerra y reunirán ejércitos enormes. Invadirá, arrasará, volverá a atacar la fortaleza. ¹¹El rey del Sur, exasperado, saldrá a luchar contra él, contra el rey del Norte, y pondrá en pie un gran ejército que caerá en manos de este. ¹²Este, después de haber derrotado al ejército, se engreirá en su corazón, hará morir a millares, pero no prevalecerá. ¹³El rey del Norte pondrá en pie otro ejército mayor que el primero y, al cabo de

unos años, volverá con gran tropa y abundante avituallamiento. ¹⁴En aquellos tiempos muchos se alzarán contra el rey del Sur; se alzarán hijos violentos de tu pueblo, para que se cumpla la visión, pero fracasarán. ¹⁵Vendrá el rey del Norte, levantará un terraplén y conquistará la ciudad fortificada. Las tropas del rey del Sur no resistirán, ni siquiera los selectos del pueblo, pues no tendrán fuerza para resistir. ¹⁶Quien venga contra él, hará lo que él quiera, sin que nadie le resista. Se establecerá en la Tierra Hermosa y toda ella caerá en su poder. ¹⁷Proyectará someter todo su reino; hará pactos con él y le dará una hija como mujer para perderlo, pero no lo logrará ni tendrá éxito. ¹⁸Entonces se dirigirá hacia las islas y conquistará muchas, mas un príncipe pondrá fin a su afrenta y aun hará volver sobre él su oprobio. ¹⁹Entonces se dirigirá a las fortalezas de su territorio, pero fracasará, caerá y desaparecerá. ²⁰Le sucederá el que ha de enviar a un exactor de la gloria del reino, pero en unos días será destrozado sin riñas ni guerras». ²¹«Le sucederá un hombre despreciable que no tendrá la dignidad real; vendrá ocultamente y se apoderará del reino con intrigas. ²²Las tropas invasoras serán desbaratadas ante él y destrozadas; y también el príncipe de la alianza. ²³Desde el momento de haberse asociado con él, él actuará con fraude, prosperará y se hará fuerte con poca gente. ²⁴Penetrará a placer en los lugares más fértiles de la provincia, y hará lo que no hicieron sus padres ni sus abuelos: repartirá a los suyos botín, despojos y riqueza, y tramará planes contra las fortalezas, pero hasta un cierto tiempo. ²⁵Dirigirá su fuerza y su corazón contra el rey del Sur con un gran ejército, y el rey del Sur se dispondrá a la guerra con un ejército muy poderoso, pero no podrá resistir porque tramarán asechanzas contra él. ²⁶Los que comen a su mesa lo destrozarán; su ejército será barrido y muchos caerán heridos. ²⁷Aquellos dos reyes, con su corazón lleno de maldad, se sentarán a una mesa para decirse mentiras, pero no habrá resultado porque todavía se ha de fijar el final. ²⁸Volverá a su país con grandes riquezas y, con su corazón contra la alianza santa, actuará y volverá a su país. ²⁹En el plazo

fijado volverá y entrará en el país del Sur, pero esta última vez no le irá como la primera. ³⁰Vendrán contra él las naves de los kitín, y se asustará; volverá y desahogará su ira actuando contra la alianza santa, y, al volver, se entenderá con los que abandonaron la santa alianza. ³¹Tropas tuyas se impondrán y profanarán el santuario y la ciudadela, abolirán el sacrificio cotidiano y establecerán la abominación de la desolación. ³²Hará apostatar con halagos a los que abandonaron la alianza; pero el pueblo de los que conocen a Dios se mantendrá firme y actuará. ³³Los más sabios del pueblo instruirán a muchos, pero caerán a espada, o por fuego, o por cautiverio, o por saqueo, durante un tiempo. ³⁴Pero en su caída recibirán un poco de ayuda, y muchos se les unirán por adulación. ³⁵Algunos de los sabios caerán para ser probados, purificados y blanqueados mientras llega el tiempo final, pues todavía ha de ser fijado el final. ³⁶El rey actuará a su arbitrio, se enaltecerá y se engrandecerá sobre todos los dioses; prosperará hasta la culminación de la ira, que está decretada y se cumplirá. ³⁷No respetará al dios de sus padres, ni al venerado por las mujeres; no respetará a ningún dios, pues se hará más grande que todos. ³⁸En su lugar dará culto al dios de las fortalezas y honrará con oro, plata, piedras preciosas y joyas a un dios que no conocieron sus padres. ³⁹Atacará fortalezas bien guarnecidas con la ayuda de un dios extranjero, y a quienes le reconozcan los colmará de honores, les dará dominio sobre muchos, y les repartirá tierras en recompensa». ⁴⁰«En el tiempo final, el rey del Sur luchará contra él y el rey del Norte caerá sobre él como una tormenta, con carros, jinetes y muchas naves; invadirá las tierras, arrasará y pasará. ⁴¹Entrará en la Tierra Hermosa y caerán millares, pero se librarán de sus manos los siguientes: Edón, Moab y la mayor parte de los amonitas. ⁴²Extenderá su mano a otros países, y la tierra de Egipto no logrará escapar. ⁴³Se apoderará de los tesoros de oro y plata y de todos los objetos preciosos de Egipto; libios y etíopes estarán en su séquito. ⁴⁴Pero noticias llegadas del este y del norte lo turbarán y saldrá con gran furia a destruir y aniquilar a muchos. ⁴⁵Plantará las tiendas de

su palacio entre el mar y el hermoso monte santo. Entonces llegará a su fin y no habrá quien lo ayude».

12¹«Por aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que se ocupa de los hijos de tu pueblo; serán tiempos difíciles como no los ha habido desde que hubo naciones hasta ahora. Entonces se salvará tu pueblo: todos los que se encuentran inscritos en el libro. ²Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para vida eterna, otros para vergüenza e ignominia perpetua. ³Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad». ⁴«Tú, Daniel, guarda estas palabras y sella este libro hasta el momento final. Muchos lo repasarán y aumentarán su saber». ⁵Yo, Daniel, vi a otros dos hombres de pie, uno a esta parte del río y el otro a la otra parte del río. ⁶Y pregunté al hombre vestido de lino, que se cernía sobre el agua del río: —¿Cuándo se cumplirán estos prodigios? ⁷El hombre vestido de lino, que se cernía sobre el agua del río, alzó la mano derecha y la izquierda al cielo, y le oí jurar por el que vive eternamente: «Un tiempo y dos tiempos y medio tiempo. Cuando acabe la opresión del pueblo santo, se cumplirá todo esto». ⁸Yo oí sin entender y pregunté: —Mi Señor, ¿cuál será el desenlace? ⁹Me respondió: —Vete, Daniel. Las palabras están guardadas y selladas hasta el momento final. ¹⁰Muchos serán limpiados, blanqueados y purificados; los malvados seguirán en su maldad, sin que ninguno de los malvados entienda; los maestros comprenderán. ¹¹Desde que supriman el sacrificio cotidiano y coloquen la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos noventa días. ¹²Dichoso el que aguarde hasta que pasen mil trescientos treinta y cinco días. ¹³Tú, vete hasta el final y descansa. Te alzarás a recibir tu destino al final de los días.

13¹Vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín, ²casado con Susana, hija de Jelcías, mujer muy bella y temerosa del Señor. ³Sus padres eran justos y habían educado a su hija según la ley de Moisés. ⁴Joaquín era muy rico y tenía un jardín junto a su casa; y como era el más respetado de todos, los judíos solían reunirse allí. ⁵Aquel año fueron designados jueces dos ancianos del pueblo, de esos que el Señor denuncia diciendo: «En Babilonia la maldad ha brotado de los viejos jueces, que pasan por guías del pueblo». ⁶Solían ir a casa de Joaquín, y los que tenían pleitos que resolver acudían a ellos. ⁷A mediodía, cuando la gente se marchaba, Susana salía a pasear por el jardín de su marido. ⁸Los dos ancianos la veían a diario, cuando salía a pasear, y sintieron deseos de ella. ⁹Pervirtieron sus pensamientos y desviaron los ojos para no mirar al cielo, ni acordarse de sus justas leyes. ¹⁰Ambos estaban locos de pasión por ella, pero no se comunicaron su pena el uno al otro, ¹¹pues les daba vergüenza manifestar su deseo, ya que deseaban unirse a ella. ¹²Cada día acechaban ansiosamente para verla. ¹³Se dijeron el uno al otro: «Vámonos a casa, que es hora de comer»; y, saliendo, se separaron. ¹⁴Pero, dando media vuelta, volvieron al mismo sitio; se preguntaron uno a otro el motivo y se confesaron su deseo. Entonces, ambos de acuerdo, planearon el momento oportuno en el que pudieran encontrarla sola. ¹⁵Sucedió que, mientras aguardaban ellos el día conveniente, salió ella como los tres días anteriores sola con dos criadas, y tuvo ganas de bañarse en el jardín, porque hacía mucho calor. ¹⁶No había allí nadie, excepto los dos ancianos escondidos y acechándola. ¹⁷Susana dijo a las criadas: —Traedme el perfume y las cremas y cerrad la puerta del jardín mientras me baño. ¹⁸Ellas hicieron lo que les dijo, cerraron la puerta del jardín y salieron por una puerta lateral a traer lo que se les había ordenado, y no vieron a los ancianos porque estaban escondidos. ¹⁹Apenas salieron las criadas, se levantaron los dos ancianos, corrieron hacia ella ²⁰y le dijeron: —Las puertas del jardín están cerradas, nadie nos ve, y nosotros sentimos deseos de ti;

así que consiente y acuéstate con nosotros. ²¹Si no, daremos testimonio contra ti diciendo que un joven estaba contigo y que por eso habías despachado a las criadas. ²²Susana lanzó un gemido y dijo: —No tengo salida: si hago eso, mereceré la muerte; si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. ²³Pero prefiero no hacerlo y caer en vuestras manos antes que pecar delante del Señor. ²⁴Susana se puso a gritar, y los dos ancianos, por su parte, se pusieron también a gritar contra ella. ²⁵Uno de ellos fue corriendo y abrió la puerta del jardín. ²⁶Al oír los gritos en el jardín, la servidumbre vino corriendo por la puerta lateral a ver qué le había pasado. ²⁷Cuando los ancianos contaron su historia, los criados quedaron abochornados, porque Susana nunca había dado que hablar. ²⁸Al día siguiente, cuando la gente vino a casa de Joaquín, su marido, vinieron también los dos ancianos con el propósito criminal de hacer morir a Susana. ²⁹En presencia del pueblo ordenaron: —Id a buscar a Susana, hija de Jelcías, mujer de Joaquín. Fueron a buscarla, ³⁰y vino ella con sus padres, hijos y parientes. ³¹Susana era muy delicada y muy hermosa. ³²Aquellos impíos le ordenaron quitarse el velo, pues iba cubierta con velo, para saciarse de su belleza. ³³Toda su familia y cuantos la veían lloraban. ³⁴Entonces los dos ancianos se levantaron en medio de la asamblea y pusieron las manos sobre la cabeza de Susana. ³⁵Ella, llorando, levantó la vista al cielo, porque su corazón confiaba en el Señor. ³⁶Los ancianos declararon: —Mientras paseábamos nosotros solos por el jardín, salió esta con dos criadas, cerró la puerta del jardín y despidió a las criadas. ³⁷Entonces se le acercó un joven que estaba escondido y se acostó con ella. ³⁸Nosotros estábamos en un rincón del jardín y, al ver aquella maldad, corrimos hacia ellos. ³⁹Los vimos abrazados, pero no pudimos sujetar al joven, porque era más fuerte que nosotros, y, abriendo la puerta, salió corriendo. ⁴⁰En cambio, a esta le echamos mano y le preguntamos quién era el joven, ⁴¹pero no quiso decírnoslo. Damos testimonio de ello. Como eran ancianos del pueblo y jueces, la asamblea los creyó y la condenó a muerte. ⁴²Susana dijo gritando: —Dios eterno, que ves lo escondido, que lo sabes todo antes

de que suceda, ⁴³tú sabes que han dado falso testimonio contra mí, y ahora tengo que morir, siendo inocente de lo que su maldad ha inventado contra mí. ⁴⁴Y el Señor escuchó su voz. ⁴⁵Mientras la llevaban para ejecutarla, Dios suscitó el espíritu santo en un muchacho llamado Daniel; ⁴⁶y este dio una gran voz: —Yo soy inocente de la sangre de esta. ⁴⁷Toda la gente se volvió a mirarlo, y le preguntaron: —¿Qué es lo que estás diciendo? ⁴⁸Él, plantado en medio de ellos, les contestó: —Pero ¿estáis locos, hijos de Israel? ¿Conque, sin discutir la causa ni conocer la verdad condenáis a una hija de Israel? ⁴⁹Volved al tribunal, porque esos han dado falso testimonio contra ella. ⁵⁰La gente volvió a toda prisa, y los ancianos le dijeron: —Ven, siéntate con nosotros e infórmanos, porque Dios mismo te ha dado la ancianidad. ⁵¹Daniel les dijo: —Separadlos lejos uno del otro, que los voy a interrogar. ⁵²Cuando estuvieron separados el uno del otro, él llamó a uno de ellos y le dijo: — ¡Envejecido en días y en crímenes! Ahora vuelven tus pecados pasados, ⁵³cuando dabas sentencias injustas condenando inocentes y absolviendo culpables, contra el mandato del Señor: «No matarás al inocente ni al justo». ⁵⁴Ahora, puesto que tú la viste, dime debajo de qué árbol los viste abrazados. Él contestó: —Debajo de una acacia. ⁵⁵Respondió Daniel: —Tu calumnia se vuelve contra ti. Un ángel de Dios ha recibido ya la sentencia divina y te va a partir por medio. ⁵⁶Lo apartó, mandó traer al otro y le dijo: —¡Hijo de Canaán, y no de Judá! La belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. ⁵⁷Lo mismo hacíais con las mujeres israelitas, y ellas por miedo se acostaban con vosotros; pero una mujer judía no ha tolerado vuestra maldad. ⁵⁸Ahora dime: ¿bajo qué árbol los sorprendiste abrazados? Él contestó: —Debajo de una encina. ⁵⁹Replicó Daniel: —Tu calumnia también se vuelve contra ti. El ángel de Dios aguarda con la espada para dividirte por medio. Y así acabará con vosotros. ⁶⁰Entonces toda la asamblea se puso a gritar bendiciendo a Dios, que salva a los que esperan en él. ⁶¹Se alzaron contra los dos ancianos, a quienes Daniel había dejado convictos de falso testimonio por su propia confesión, e hicieron con ellos lo mismo

que ellos habían tramado contra el prójimo. ⁶²Les aplicaron la ley de Moisés y los ajusticiaron. Aquel día se salvó una vida inocente. ⁶³Jelcías y su mujer alabaron a Dios por su hija Susana, junto con su marido Joaquín y todos sus parientes, porque no se había encontrado nada vergonzoso en ella. ⁶⁴Daniel gozó de gran prestigio ante el pueblo desde aquel día y en lo sucesivo.

14¹El rey Astiages fue sepultado junto a sus padres, y le sucedió en el trono Ciro el persa. ²Daniel vivía en casa del rey, y era más estimado que todos sus compañeros. ³Los babilonios tenían un ídolo llamado Bel, y cada día gastaban en su honor doce arrobas de flor de harina, cuarenta ovejas y seis barriles de vino. ⁴El rey lo veneraba e iba cada día a adorarlo. Daniel, en cambio, adoraba a su Dios. ⁵Le preguntó el rey: —¿Por qué no adoras a Bel? Él respondió: —Porque no venero ídolos hechos con las manos, sino al Dios vivo que ha creado el cielo y la tierra, y tiene dominio sobre todo ser vivo. ⁶Le preguntó el rey: —¿No te parece que Bel es un dios vivo? ¿O no ves cuánto come y bebe cada día? ⁷Contestó Daniel riendo: —No te engañes, majestad, pues este es de barro por dentro y de bronce por fuera, y nunca ha comido ni bebido. ⁸El rey, enfadado, llamó a sus sacerdotes y les dijo: —Si no me decís quién es el que come este dispendio, moriréis. En cambio, si me mostráis que se lo come Bel, morirá Daniel por haber blasfemado contra Bel. ⁹Contestó Daniel al rey: —Que se haga según tu propuesta. ¹⁰Los sacerdotes de Bel eran setenta, sin contar mujeres y niños. El rey fue con Daniel al templo de Bel. ¹¹Dijeron los sacerdotes de Bel: —Mira, nosotros saldremos fuera. Tú, majestad, coloca los alimentos, mezcla el vino y ponlo; después cierra la puerta y sállala con tu anillo. ¹²Cuando vengas por la mañana, si no compruebas que Bel se lo ha comido todo, o moriremos nosotros o morirá Daniel, que miente contra nosotros. ¹³Ellos se sentían felices porque habían hecho una entrada secreta debajo de la mesa, y por ella entraban siempre y consumían las cosas. ¹⁴Cuando aquellos salieron y el rey hubo colocado los alimentos para

Bel, Daniel dio órdenes a sus criados. Estos trajeron ceniza, y la esparcieron por todo el templo estando presente solo el rey. Después salieron, cerraron la puerta, la sellaron con el anillo del rey y se marcharon. ¹⁵Los sacerdotes vinieron por la noche según su costumbre, en compañía de sus mujeres y niños, se comieron todo y agotaron la bebida. ¹⁶El rey madrugó a la mañana y con él Daniel. ¹⁷El rey preguntó: —¿Están intactos los sellos, Daniel? Él respondió: —Intactos, majestad. ¹⁸Nada más abrirse las puertas, el rey miró a la mesa y gritó con voz fuerte: —Eres grande, oh Bel, y no hay en ti engaño alguno. ¹⁹Daniel se echó a reír, sujetó al rey para que no entrase dentro y dijo: —Mira el suelo y reconoce de quién son esas huellas. ²⁰Respondió el rey: —Veo las huellas de hombres, mujeres y niños. ²¹Y montando en cólera, el rey hizo apresar a los sacerdotes, las mujeres y sus niños, que le enseñaron las puertas secretas por las que entraban y consumían lo que había en la mesa. ²²Entonces el rey los mandó matar y entregó a Bel en poder de Daniel, que destruyó el ídolo junto con su templo. ²³Había también un dragón enorme al que veneraban los babilonios. ²⁴El rey dijo a Daniel: —No podrás decir que este no es un dios vivo; adóralo. ²⁵Respondió Daniel: —Adoraré al Señor mi Dios, porque él es el Dios vivo. Tú, majestad, dame permiso y yo mataré al dragón sin espada ni palo. ²⁶Contestó el rey: —Te lo doy. ²⁷Daniel tomó pez, grasa y pelos. Coció todo junto, hizo unas tortas y las echó a la boca del dragón. Tras comérselas el dragón reventó. Daniel dijo: —Mirad lo que venerabais. ²⁸Cuando se enteraron los babilonios se irritaron mucho, se volvieron contra el rey y decían: «El rey se ha hecho judío; ha derribado a Bel, ha dado muerte al dragón y ha degollado a los sacerdotes». ²⁹Y yendo hasta el rey dijeron: —Entrégnos a Daniel; si no, te mataremos a ti y a tu familia. ³⁰Al ver el rey que le presionaban con tanta fuerza, obligado, les entregó a Daniel. ³¹Ellos lo arrojaron al foso de los leones y estuvo allí seis días. ³²En el foso había siete leones a los que echaban diariamente dos cuerpos humanos y dos ovejas. Pero entonces no les echaron nada, para que devoraran a Daniel. ³³Entretanto, estaba en

Judea el profeta Habacuc, que había preparado un cocido y cortado panes en una cazuela, y salía al campo a llevarlo a los segadores.

³⁴Entonces el ángel del Señor dijo a Habacuc: —Anda con la comida que llevas a Babilonia, a Daniel, en el foso de los leones. ³⁵Replicó Habacuc: —Señor, nunca he visto Babilonia ni conozco el foso. ³⁶El ángel del Señor lo cogió por la cabeza y, sujetándolo del cabello, con el zumbido de su espíritu lo dejó en Babilonia, encima del foso. ³⁷Habacuc gritó diciendo: —Daniel, Daniel, toma la comida que te ha enviado Dios.

³⁸Contestó Daniel: —Verdaderamente te has acordado de mí, oh Dios, y no has abandonado a los que te aman. ³⁹Daniel se puso en pie y comió, y el ángel del Señor volvió a llevar inmediatamente a Habacuc a su sitio.

⁴⁰El día séptimo el rey fue a llorar a Daniel; llegó al foso, miró dentro y Daniel estaba sentado. ⁴¹A voz en grito dijo: —Grande eres Señor, Dios de Daniel, y no hay otro sino tú. ⁴²Después lo hizo sacar, y a los causantes de su condena los arrojó al foso. E inmediatamente fueron devorados ante él.